

EL MALESTAR DE LA DEMOCRACIA AQUÍ Y AHORA: EL LADO DE LA CLASE POLÍTICA

1. MALESTAR Y CRISIS

Desarrollaré un argumento sobre el tema del malestar de la democracia partiendo de una problemática teórica y general, acercándome gradualmente a situaciones más próximas a nosotros, e incorporando algunas recomendaciones prácticas¹.

El tema del malestar de la democracia se puede tratar con demasiado dramatismo, o demasiado poco. Conviene encontrar en cada momento el punto de equilibrio justo, obviando los extremos; sin embargo, la tendencia dominante es a minusvalorar los problemas, dado que lo normal es querer pensar que “aquí casi no está pasando nada”. Este interés lo comparten el Gobierno y la oposición de turno, porque, si el público llegara a la conclusión de que lo que pasa es muy dramático y las causas vienen de lejos, ¿quién se libraría de censura?, o como decía el joven Hamlet a Polonio, “¿quién se escaparía de una buena paliza?”². En el fondo, todos, los políticos e incluso los electores, prefieren sobrellevar las decepciones y los sobresaltos de la vida política con una mínima molestia. Por eso, por debajo

Víctor Pérez-Díaz es catedrático de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

¹ Las recomendaciones están orientadas hacia la clase política. Para una discusión complementaria, orientada hacia la sociedad, véase **Pérez-Díaz, V.** (2009a).

² *Hamlet*, acto II, escena II.

de los melodramas de ocasión, que los medios de comunicación y los políticos escenifican porque es su forma de actuar (es decir, sobreactuar) como parte de los tics propios de su oficio, late la sorda euforia, ampliamente compartida, de quienes quieren creer que las cosas acabarán solucionándose porque, de alguna forma, “están bajo control”.

En realidad no es que, aquí y ahora, “no pase nada”, sino que “pasa bastante”. En cierto modo, es normal que así ocurra. La democracia liberal de los modernos (como la democracia menos liberal de los antiguos) es un régimen político con cierta fragilidad intrínseca, pues se basa en la voluntad y la inteligencia, la libertad y el sentido de comunidad, y las virtudes correspondientes de los seres humanos, que son, por definición, frágiles. Las democracias se encuentran continuamente en situaciones difíciles que requieren decisiones cruciales. Cuando esas situaciones revisten cierta importancia les aplicamos el término de “crisis”. El malestar que embarga a las democracias es lógico, dada la dificultad de muchas de aquellas decisiones y la fragilidad del material humano. Las instituciones democráticas, basadas en ese material, compensan esta fragilidad sólo hasta cierto punto, y en ciertas condiciones pueden acentuarla. La combinación de gracia y demos, poder y pueblo, o “los muchos”, es complicada. Por eso, muchos autores antiguos dudaban de que los muchos fueran buenos agentes colectivos, y no degeneraran fácilmente en muchedumbres dadas a la ofuscación, el pánico y la manipulación por demagogos, oligarcas o (podemos añadir) partidos de oligarcas, y tiranos.

Al tiempo razonables y apasionados, los seres humanos son arenas movedizas sobre las que no se asientan ni se consolidan los edificios. De aquí el dudoso acierto de hablar de consolidación de las democracias. Esta metáfora, quizá más ajustada a la experiencia de la industria de la construcción que a la vida política, parece inapropiada. Sugiere una estabilidad y una permanencia que las democracias no pueden adquirir de una vez por todas; en realidad, tienen que renovarla y reconquistarla cada día. Las democracias no son como edificios, sino como barcos en el mar, tratando a la vez de mantenerse a flote y de no perder su rumbo.

Esta fragilidad se observó desde el comienzo. La democracia clásica ateniense duró un par de siglos como pudo; no más. Lo que hubo en Roma

no fue una democracia, aunque sí lo suficiente de un orden constitucional con un juego de poderes y contrapoderes, de apelaciones al consentimiento de los gobernados y de garantías jurídicas, como para mostrar una afinidad con lo que llegaron a ser los regímenes representativos y de Estado de derecho que se fueron gestando en la Europa moderna y acabaron confluendo en la democracia liberal que conocemos. De ahí que en la fascinación de los ingleses del siglo XIX por el mundo clásico, se reuniera la admiración por la oración de Pericles con la suscitada por el pensamiento de Cicerón. Pero en realidad tampoco el equilibrio institucional y de buen gobierno de los romanos duró mucho tiempo, y el propio Cicerón lo pensó y lo soñó más que lo pudo vivir personalmente.

Las democracias contemporáneas recientes han sufrido, todos lo sabemos, enormes sobresaltos, y en esos sobresaltos han perecido varias veces. Las democracias europeas, o los regímenes representativos más o menos equivalentes a ellas, han pasado por experiencias patéticas en el siglo XX, y las de América Latina han tenido, hasta hoy, sus alzas y sus bajas recurrentes. La historia española contemporánea, vista por los españoles de hoy, tiene su centro en la quiebra sangrienta de una experiencia democrática; un momento en el que se enfrentaron *grosso modo* cien mil voluntarios de un lado y cien mil del otro, voluntarios inspirados (en general) por ideas revolucionarias o contra-revolucionarias poco o nada democráticas, que fueron secundados por más de un millón de soldados llamados a filas por las autoridades del lugar correspondiente, algo más de un millón de un lado (el de los llamados nacionalistas) y probablemente bastante más de un millón del otro (el de los republicanos)³. Ésa fue nuestra guerra civil; no precisamente un momento de exaltación de la democracia liberal. Y en la época anterior lo que se observa en España es un ir y venir de regímenes representativos con cimientos débiles, con unas fachadas parlamentarias,

³ Las cifras de voluntarios se refieren a los primeros meses de la guerra; las estimaciones de los soldados llamados a filas y movilizados se refieren a los meses finales de la guerra (1,2 millones en el caso del ejército del general Franco, y 1,7 millones, en el de los republicanos, aunque esta cifra debe rebajarse porque probablemente incluye un número importante de individuos que eludieron la movilización). Véase **Seidman, M.** (2002: 40). Información amablemente facilitada al autor por James Matthews.

con un caciquismo intenso, con la desafección de una gran parte del país y con una capacidad de actuación estatal tan limitada y modesta que los gobernantes evitaban cualquier operación exterior, no tanto por visión o por virtud cuanto por conciencia de su debilidad. De manera que los españoles han acabado teniendo la sensación (con razón o sin ella, eso es tema aparte) de que han de concentrar sus motivos de, digamos, autoestima democrática en lo ocurrido en estos últimos treinta años (sobre los que volveré enseguida).

Así pues, la experiencia (al menos, en los tiempos modernos, la de la Europa continental y la de buena parte de las Américas) sugiere que los buenos momentos de la democracia son un tanto precarios, y conviene mirarlos con una mezcla de esperanza y de precaución. Atentos a los problemas y a las ocasiones de crisis.

Tres tipos de crisis

Hoy día nos encontramos con situaciones de esa naturaleza, y la condición de fragilidad a la que me he referido es obvia. En este punto y hora conviene pues prepararse para encarar situaciones complicadas, difíciles y críticas. Crisis de diferente intensidad, la cual depende del carácter de los actores y la naturaleza de los problemas. ¿Cuáles son los problemas que una democracia tiene que resolver para evitar una crisis tan grave que aboque al cuestionamiento, quizá la quiebra, de sí misma?

Siguiendo un esquema que he desarrollado en otro lugar⁴, me referiré a la posibilidad de una crisis existencial, una crisis de representación y una crisis trascendental. Una crisis existencial está latente permanentemente en todo Estado democrático, que ha de mantenerse frente a un enemigo exterior y frente a la entropía o el desorden que se pueda generar en el interior de sus propias instituciones y del entramado institucional más amplio que las rodea. Hay que tener en cuenta que las instituciones no se sostienen a sí mismas. No son actores. Son los seres humanos quienes las usan, rectifican, orientan, defienden o destruyen. Por lo tanto, es extrema-

⁴ Pérez-Díaz, V. (2008).

damente importante que las gentes que manejan la democracia sepan que es fundamental mantener en la existencia esa sociedad con fortaleza y capacidad para defenderse, pero también, y sobre todo, con un grado suficiente de cohesión y de prosperidad, y con gente capacitada no sólo para convivir sino para entender y decidir sobre las cosas comunes, los bienes comunes, lo que implica que posean un sentido de lo común. Se trata, con ello, de que no se fragmente la unidad de la comunidad política, porque se trate de un Estado-nación compuesto por territorios diferentes con personalidad muy acusada, o porque nos encontremos con dos (o más) segmentos de la sociedad enfrentados en torno a una discusión religiosa o un conflicto social.

La crisis de representación está siempre latente en las democracias. En realidad, el *demos* nunca asume el poder que se le atribuye formalmente. Se requiere su consentimiento, se permite su intervención, se pone más o menos en sus manos la elección de los gobernantes, pero el *demos* como tal no gobierna. La ambigüedad de las fórmulas de atribución del poder, de la soberanía, forma parte sustancial de la narrativa y la teoría democráticas. Al final, hay algo parecido a una clase política que, de manera más o menos ostensible o disimulada, se distribuye lo principal de ese poder. Ello se traduce en un reparto de poderes entre varias instituciones o entre varios entes territoriales, de manera simultánea o sucesiva (por ejemplo, mediante reglas tácitas o explícitas de alternancia en el poder). Los titulares de esos poderes forman un conjunto de profesionales de la cosa pública, que se suele dividir en varios segmentos. A veces, esos segmentos se reúnen en dos grandes grupos, formando de este modo una estructura dual de la comunidad política, a la que invitan a sumarse al resto de los ciudadanos. Se forman así las bases para un drama de rivalidades miméticas, en el que los adversarios intentan diferenciarse mientras que, al tiempo, se imitan intensamente (con una u otra razón, por ejemplo, la de que tienen que confluir hacia el centro porque es ahí donde están los votos, o porque la historia ha dado ya su veredicto y las cosas son ya irreversibles y hay que adaptarse a ellas, etc., etc.). Es habitual que ello conlleve sentimientos de ambivalencia, odios, amores y complicidades, que dan un toque de apasionamiento y de romanticismo, por así decirlo, a los cálculos políticos. Sin ello, el espectáculo político resultaría demasiado tedioso, tanto para

los actores como para los espectadores. Los actores son la clase política de profesionales que asume los puestos de responsabilidad y mando en el sistema político; los espectadores, los ciudadanos que, a poco que se descuiden, limitan su momento de soberanía al instante de su voto cada cuatro años. La clase política puede querer identificarse con la ciudadanía metafóricamente, pero no puede hacerlo realmente, porque sus experiencias políticas son sustancialmente distintas⁵. No es cosa de disimular esta diferencia, salvo que interese hacerlo con el objetivo de manipular al personal. Conviene reconocerla y entender que la diferencia implica una distancia; y, sobre todo, que esta distancia puede convertirse bien en un abismo bien en un camino transitable⁶.

Por debajo de la crisis existencial o de representación de una comunidad política puede haber, además, una crisis trascendental. Si una sociedad carece de identidad y de narrativa que la justifique, de sentimientos morales que la traben con cierto grado de intensidad, y de rasgos que la diferencien lo suficiente del resto, puede seguir subsistiendo de modo más o menos inerte, pero con la creciente sensación de que carece de sentido. Necesita un ancla cultural, por así decirlo. Ésta puede estar hecha de materiales diversos, en los que predomine esta o aquella tradición cultural, o una mezcla de varias; lo cual permite que se forjen ciertos consensos implícitos en cuanto al significado que pueda tener el que, en torno a una idea de patria o algo similar, un conjunto de ciudadanos se sientan “estar juntos en el mundo”, y “juntos en el tiempo”. Ese tiempo no se reduce al momento actual, o el que transcurra hasta las próximas elecciones o los próximos resultados económicos, ni tampoco al tiempo de “mi” propia vida. Se supone que es un tiempo más largo, hacia atrás y hacia adelante.

Los consensos pueden ser relativos y los entendimientos comunes pueden ser fragmentarios, y referirse a creencias, formas de vida o sentimien-

⁵ Véase **Pérez-Díaz, V.** (2008: 175-205).

⁶ Un ejemplo de disimulo (relativo) es el empeño de la clase política europea en pasar por encima de la caída persistente de la participación en los comicios europeos desde hace casi tres décadas y lo que ello puede significar como una declaración un tanto equívoca de la relativa indiferencia del público hacia los parlamentarios europeos, y de la relativa irrelevancia de los propios parlamentarios tal como es percibida (erróneamente, por lo demás) por el público.

tos articulados a medias. No es probable que baste con un mero proyecto de promover el “desarrollo y bienestar” de las gentes, porque eso define una comunidad política demasiado precaria y sin carácter propio, intercambiable. Tampoco es probable que baste con que a ello se añadan proyectos tecnológicos grandiosos, como por ejemplo, del tipo de “vamos a enviar naves espaciales para llegar, y colonizar después, esta galaxia o aquella otra” (lo cual, por lo demás, puede reflejar una ambición muy loable o un ansia colectiva un poco mórbida por huir de su propio territorio, y de sí mismo).

Hay que comprender que las narrativas de la modernidad, de las que las ideologías del desarrollo y bienestar y la imagen de país (el “paseo por los cielos”, el “ganar muchas competiciones deportivas”, el “aparecer muy destacadamente en los medios de comunicación”) son unas variantes recientes, no dan mucho de sí. La dificultad viene de antes. En realidad, todos los Estados-naciones modernos suelen encontrar dificultades a la hora de resolver una especie de crisis trascendental que les acompaña desde sus orígenes, pues sus narrativas están entreveradas de argumentos morales tan triviales y poco consistentes como los de la razón de Estado, la gloria de una dinastía, las luchas por el poder, el equilibrio de fuerzas, o la rivalidad con los vecinos. Son, todas ellas, razones y pasiones de vuelo corto, por mucho que intente darles aliento la propaganda oficial de la época.

A pesar de todo, algunos Estados-naciones modernos han conseguido, a veces, un notable éxito en este empeño. Por ejemplo, los Estados Unidos de América tienen una narrativa que *grasso modo* les ha acompañado durante más de tres siglos (en realidad, su narrativa puede remontarse al menos otro siglo y medio más hacia atrás, hasta la formación de las primeras colonias) y sigue bastante viva hoy. En ella se habla de un derecho de secesión de una monarquía abusiva y de un orden constitucional entendido como un orden de libertad, con un entramado institucional complejo pero bastante efectivo, y con un mensaje de sentido en el que se mezclan un robusto lenguaje religioso y otro humanista más o menos secular, que se ha ido transmitiendo de generación en generación y calando en sucesivas poblaciones de inmigrantes. Son una narrativa y un lenguaje que no se reducen a ser usados en los momentos

solemnes, sino que, y esto es lo más importante, están presentes en los discursos, las ceremonias, los gestos y los *actos cotidianos* de la comunidad política, casi continuamente.

2. EUROPA Y ESPAÑA

El caso europeo: una identidad todavía dudosa

El contraejemplo, por el momento, es la Unión Europea, que no acaba de poseer la narrativa propia de una comunidad política, ni siquiera de una que adoptara (si tal fuera el caso) la estructura de una confederación de Estados soberanos con el aditamento de algunas autoridades supranacionales. Aunque su trasfondo histórico sea dilatado, su narrativa histórica relevante a los efectos de la política de hoy es de un alcance sorprendentemente corto. Su trasfondo histórico nos remite a un proceso de dos milenios y medio de irse entrelazando sentimientos religiosos, razas y naciones, ambiciones políticas y tratos económicos hasta cuajar en una Europa cristiana en torno al final del primer milenio después de Cristo, que a su vez tendrá siete u ocho siglos de evolución relativamente continua antes de desembocar en la mezcla de agitación y de promesa de los dos últimos siglos. Pero la narrativa políticamente relevante de la Unión Europea se limita, al menos en los países de la Europa continental, a poco más que a la postguerra de la II Guerra Mundial, y a la formación, como resultado, de un entramado de democracias y mercados que es, al cabo, una fórmula institucional genérica de alcance universal, y que, como tal, no puede identificar la especificidad europea.

Además, esta entidad, con tan escasa memoria y con una idea tan abstracta de lo que la caracteriza, tiene una idea confusa respecto a sus límites espaciales. No sabe muy bien dónde termina ni por qué, y menos aún cómo explicarlo. Por ejemplo, una buena parte de la opinión europea barrrunta que Turquía está más allá de esos límites, quizá porque todavía recuerda los libros de geografía de sus primeros años de educación, y que en ellos se decía que hay un continente que se llama Europa y otro que se llama Asia, y que son diferentes. O porque recuerda sus libros de historia y le parece que hubo cierto conflicto entre un lado y otro del Mediterrá-

neo que duró más o menos mil, o mil y pico, años. La clase política se da cuenta de esta reticencia de su electorado, y no sabe qué hacer para adaptarse a él. Y así asistimos a la escena surrealista de unas negociaciones de la Unión Europea con Turquía en las que los políticos europeos dan a entender a Turquía que puede entrar en Europa según ciertos criterios formales, cuando saben que, en el fondo, esos criterios son ciertos sólo a medias, porque queda algo sin decir que es muy importante pero no sabe decirse: ni se les dice a los turcos ni se lo dicen los europeos a sí mismos. Esta duplicidad es (casi diría que “desgraciadamente”) un indicio menos de maquiavelismo del viejo estilo (fácil de desmontar) que de confusión mental y vivencial (mucho más difícil de resolver).

Ahora bien, repárese en que si la falta de memoria indica falta de identidad (somos lo que somos porque podemos contarnos una historia de nuestras vidas), el carácter difuso de los límites indica, igualmente, una identidad débil (somos organismos diferenciados del medio ambiente que nos rodea porque la piel establece unos límites entre el organismo que somos y ese medio).

A su vez, lógicamente, a una identidad débil le corresponde un *demos* europeo de salón, es decir, uno sobre el que se habla en los salones, y/o uno que, quizá, está reducido al público de los salones en los que se habla de él. Mientras las elites económicas están en sus cosas, la mayor parte de las elites políticas y culturales siguen empeñadas, en general, en mantener acotados sus espacios nacionales, probablemente con la mirada puesta en mantener sus posiciones de relativo privilegio entre ellos: controlar el ámbito territorial propio y manejar la industria de la cultura y la comunidad lingüística correspondientes, todo lo cual se refleja en la obsesión de los medios de comunicación con los problemas locales, que suele ser desbordante.

Puede ser que, para cierto número de gentes, esto suponga sobrevivir en medio de un provincianismo asfixiante; pero ese número, aunque creciente, es insuficiente, todavía, para provocar un cambio de dirección y servir de punta de lanza a un *demos* europeo, capaz de deliberar, y decidir en su caso, en un espacio público común. Quizá, antes o después, ello llegue a ocurrir, con el concurso de masas de empresarios, profesionales, trabajadores, es-

tudiantes y gentes de toda condición; y algo les ayudará, en ese trance, el que muchos de ellos vayan teniendo una *lingua franca*, el inglés, que les sirve para comunicarse directamente entre sí. Entonces, la identidad europea adquirirá un peso y contenido que ahora no tiene. Pero ese momento todavía no ha llegado⁷.

Problemas del caso español: fragmentaciones inquietantes y “el peor escenario”

En esta ocasión no pretendo sino mencionar por encima algunos problemas de la situación española. Pero antes es preciso subrayar los aspectos positivos de la experiencia española reciente. Tenemos una *buena historia* de la transición democrática, y está bien que cultivemos con piedad, como los antiguos romanos, nuestra tradición local. Tuvimos, para empezar, una terrible guerra civil, luego una fase autoritaria muy larga, primero depresiva y más tarde boyante pero dura, y por fin una fase de transición que fue un gran logro. Es importante que sepamos apropiarnos positivamente de toda esa experiencia, y ello nos inspire un sentimiento de gratitud hacia quienes acabaron enderezando el rumbo del país, y, a la postre, también, de confianza en nosotros mismos. Ahora bien, justamente esta confianza nos debe impulsar a dar un paso adelante y hacernos preguntas, a cuestionar nuestra propia experiencia, para mejorarla.

El primer cuestionamiento de la Transición tiene que partir del reconocimiento de que no fue muy difícil, heroica o esforzada; sólo fue relativamente intrincada, y requirió de personas con una dosis normal de decencia y de sensatez para llevarla a cabo. Vino, en buena medida, por agotamiento del régimen anterior, tras casi cuarenta años de aquiescencia con él, primero de una mitad del país, la que pensó que ganó la guerra, y luego, probablemente, de bastante más que la mitad: de una mayoría que

⁷ A su vez, todo esto tiene como consecuencia que la política exterior de la Unión Europea parezca un objetivo elusivo e inalcanzable en cuanto los problemas revisten cierta gravedad (Irán, Irak –cuando se agrava–, Afganistán –si se agrava–, o el contencioso Israel-Palestina, por ejemplo); y que ello no mejore porque se alteren los organigramas de mando, cambien las personas, se apele a mayores dosis de flexibilidad o sutileza, se acuda a mejores expertos o se cuide más el *marketing* político.

se fue acomodando con el orden legal, el crecimiento económico, el sistema de bienestar y la movilidad social de los últimos veinte años del régimen. Vino como resultado de la muerte del general Franco, impuesta, por así decirlo, por la naturaleza de las cosas. Vino porque el contexto internacional próximo era el que era, el de la Europa occidental. Vino porque, de hecho, se había ido construyendo una suerte de sociedad civil, en el sentido amplio del término, con sus mercados, su pluralismo social y cultural, y sus atisbos de pluralismo político (dentro del régimen y extramuros del régimen), que empujaba, inexorablemente, a todos los bandos en la dirección de la democracia. Vino arrastrada, en definitiva, por circunstancias múltiples, y porque ese arrastre se combinó con una dosis de sensatez notable por parte del personal: sensatez para no repetir los errores pasados propios y sensatez para imitar modelos presentes ajenos.

La imitación de la experiencia europea, en particular, llevaba a ciertos acuerdos básicos, a la moderación ideológica, a apostar por lo que los socialistas europeos hacían para reiterarlo aquí y por lo que los liberales y conservadores europeos hacían para repetirlo aquí, a prolongar la vida de una economía de mercado que estaba ya entre nosotros y había impulsado un crecimiento extraordinario, y a manejar los consensos sociales correspondientes en la clave neocorporatista o semicorporatista y semiliberal típica de la Europa de la época, para moverse después acorde con los vientos, hacia una liberalización gradual y moderada de este o aquel sector.

En cambio, la cuestión territorial se planteó de una forma distinta. Sobre ésta, no se había acabado de tener una experiencia pasada de la que deducir unas lecciones claras, ni había un modelo claro en el horizonte. Aquí no cabía imitar. Aquí había que innovar o inventar. En este caso, cuando se hace balance al cabo de más de treinta años, se llega a la conclusión de que el invento no ha acabado de funcionar. La responsabilidad se reparte entre las llamadas derechas o centro-derechas e izquierdas o centro-izquierdas; las primeras han gobernado trece años, y las segundas, dieciocho años. Es una responsabilidad compartida por los principales partidos y los partidos menores; por la clase política y por la ciudadanía; por los expertos y por las gentes comunes. Por ejemplo, por

lo que se refiere a los políticos, parece evidente que el cálculo del centro-derecha que gobernó al comienzo fue el de crear un sistema cuasi-federal que permitiera compensar las presiones de dos regiones con las de todas las demás; que ello dio lugar, en cambio, a que esas presiones se intensificaran y se combinaran con un proceso de rivalidades miméticas de todas las regiones para reclamar mayores competencias; y que los dos grandes partidos estimularon a la larga ese proceso, interesados como estaban en recabar los apoyos de los movimientos regionales para conseguir el poder. Y respecto a los expertos, no cabe olvidar su contribución a una redacción ambigua del texto constitucional, y a poner en funcionamiento un mecanismo de “apertura constitucional” que facilitaba la delegación del poder constituyente hacia arriba y hacia abajo, y, con ello, inducía, sin pretenderlo, a la confusión de la opinión respecto a la identificación del *locus* de responsabilidad política. Esto ha tenido el curioso efecto de impulsar un proceso de debilitamiento del sentido de la estatalidad del Estado, y, en este sentido, de “italianización” de la vida política en España, que ya veremos si llega más o menos lejos.

La responsabilidad política por este estado de cosas parece equilibrada: hay un equilibrio de equivocaciones entre políticos, expertos y ciudadanos corrientes de todas las tendencias. Esto se compagina mal con la tendencia, que se puede observar, de cada uno a tirar la primera piedra... sobre su propio tejado; y a obcecarse en la discusión. En realidad, ese equilibrio debería ser favorable a una discusión ecuánime, puesto que no hay lugar para indignarse demasiado unos contra otros; y, además, la propia complejidad de la situación a la que se ha llegado debería servir de estímulo para aguzar los ingenios en busca de una solución.

Entretanto, además de enfriar los ánimos, convendría dedicar un tiempo a considerar varios escenarios posibles sobre lo que puede ocurrir con ese problema en el futuro, y, puestos a ello, como medida de elemental prudencia, convendría “ponerse en lo peor”. Un escenario negativo a medio plazo puede ser no tanto el de una ruptura cuanto el de un aumento de la entropía del sistema, que se traduce en un bloqueo de decisiones, un sentimiento difuso de irritabilidad y de desconfianza y un empeoramiento de los modos políticos. En esto, como en todo, la forma es contenido; es decir,

más que el contenido específico de las leyes o de las propuestas políticas, puede ser la torpeza, el carácter imperioso o insidioso, las muestras de mala fe y de ventajismo de unos y otros las que lleven a una crisis mayor. Sobre todo, si ello se combina con la incapacidad por parte del Gobierno central para manejar una crisis económica prolongada y grave, o sacar al país de una situación de estancamiento: por ejemplo, del marasmo de una justicia demasiado lenta, de la indecisión en temas tales como el energético o el educativo, o de una marginalidad demasiado manifiesta en la escena mundial y mayor de lo que la autoestima colectiva considere soportable. Si, por todo ello, las gentes acaban creyendo que el país anda sin rumbo, o no anda, ello puede reforzar las tendencias hacia la fragmentación.

Una vez más conviene insistir en que ni se debe exagerar la probabilidad de un escenario semejante ni sería razonable descartarlo. Sobre todo, porque conviene no caer en la trampa de creer en tendencias históricas irreversibles que harían imposible un grave quebranto de la democracia liberal. La historia española no ofrece tendencias claras, pero sí precedentes que pueden incitarnos a la reflexión. En los dos últimos siglos hemos tenido dos períodos de cierta duración en los que una variante de un orden liberal funcionó de manera relativamente exitosa, y ninguno duró más de unos treinta años, lo que viene a coincidir con la duración de la democracia actual. El primer período, de un liberalismo moderado, transcurre entre el fin de una guerra civil (la primera guerra carlista) y el fracaso de la Primera República (con el trasfondo de la tercera guerra carlista). En esas tres décadas se pusieron las bases legales y económicas para el desarrollo del capitalismo y una transformación social muy apreciable; pero hubo también un parlamentarismo un poco de fachada, un caciquismo local intenso, y pronunciamientos y crisis constitucionales frecuentes. Mientras, fue yendo a más la fatiga de los partidos, la disminución de la calidad de los liderazgos políticos y el distanciamiento del país respecto a su clase política. Un segundo período, entre la Restauración (o quizá el Pacto de El Pardo) y la crisis del régimen en torno a los años de la I Guerra Mundial, viene a durar entre tres y cuatro décadas. Casi cabe aplicarle una variante de la descripción anterior, y, de nuevo, se observa que la distancia entre lo que se llamaba la España real y la España oficial fue creciendo hasta llegar a un punto de no retorno, en medio de todo tipo de peripecias dramáticas

y a pesar de varios momentos de euforia, de corta duración. No se trata de dos episodios de nuestra historia que tengan un alto valor predictivo, ni mucho menos; pero sí son dos precedentes cuyo análisis debería interesarnos. Suponen una lógica de uso y desgaste de una clase política que, en treinta años, poco más o menos, y en el curso de tres cohortes de líderes y equipos directivos de los partidos, se oligarquiza por dentro y pierde credibilidad hacia fuera. Su calidad y su capacidad van adelgazando y, al final, agotada, parece como si no diera más de sí.

En todo caso, hay que ver aquellas situaciones como situaciones abiertas, que habrían podido corregirse. Lo mismo ocurre con la situación actual, que está abierta tanto a empeorar como a mejorar. Puede empeorar, obviamente, por muchas vías. Una de ellas es la de una distorsión en el juego crucial entre la clase política y la ciudadanía, en el cual la primera se enroque en las posiciones de unas oligarquías, que pueden ser de derechas, de izquierdas o de centro, empeñadas en mandar con mayor o menor entusiasmo, gracias a los tratos que consigan con sus “amigos del poder” en las elites económicas y culturales. Se forman así combinaciones más o menos estables (triarquías oligárquicas) de lo que los griegos podrían llamar timócratas, plutócratas y sofistas que se ayudan recíprocamente. Entre todos refuerzan los rasgos de una sociedad de corte, organizada en torno a unos centros de poder con los círculos concéntricos correspondientes, con una sociedad de corte de menor rango organizada en torno a la oposición, y quizá con una serie de sociedades de corte locales, los planetas menores de la constelación. No hay razón alguna para que esta transformación de una sociedad civil en una sociedad de corte *tenga que* ocurrir. Puede no hacerlo, o hacerlo en todo, a medias o en un grado u otro. Ello depende de la conducta de los ciudadanos y de la clase política.

3. UNA MIRADA OPTIMISTA HACIA EL PORVENIR: TRES SUGERENCIAS A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Pero ahora querría cerrar este comentario en clave optimista, y considerar cómo podríamos mejorar las cosas, mirando, en este caso, a los políticos y sus partidos. Éstos constituyen una pieza crucial en el desarrollo de una sociedad libre y solidaria, y en el funcionamiento de sus instituciones, que

son tanto las de una democracia liberal como las de una economía de mercado abierta y un tejido social y asociativo plural. No hay que olvidar que el Estado, como tal, es una pieza esencial, al tiempo, del sistema democrático (pero no el único, porque la esfera pública y la ciudadanía son tan importantes como él), del sistema de mercado (que requiere de la regulación estatal) y del mundo social y asociativo (cuya vitalidad se reduciría sustancialmente sin las garantías jurídicas y políticas que le da el Estado para su defensa y la facilidad de movimientos que necesita). Pues bien, la clase política es, a la postre, un material humano, profesional, organizativo imprescindible para que el Estado funcione. En el último trecho del camino que conduce a la decisión y la acción colectiva sobre los temas de mayor empeño, la sociedad necesita de los políticos. En el caso de España, quizá haya que recordar también lo obvio: que esa clase política ha sido la protagonista *inmediata* de la Transición, y que su contribución ha sido sustancial para que la democracia haya funcionado, en mucho, para bien, durante todo este tiempo, y que cualquier proyecto de mejora del conjunto pasa, en buena parte (no en todo, ciertamente; y en muchos temas, sólo en pequeña parte), por su futura contribución.

La clase política puede y debe tener una función pedagógica, de educarse y educar a la ciudadanía en el debate sobre los problemas comunes; aunque la función de la ciudadanía sea similar a la suya: puede y debe educarse y educar a la clase política con el mismo objeto. Si la elite política degenera en una oligarquía que pretende controlar un mundo que ha reducido al tamaño de su país, y si la ciudadanía se deja llevar por el victimismo, por ejemplo, ambas se habrían deseducado y habrían retrocedido a una fase infantil; unos serían como niños que creen que sus deseos son, digamos, omnipotentes, y otros como niños que retroceden ante una dificultad. Si llegado el momento de resolver un problema complicado, una crisis económica, por ejemplo, unos gesticulan, mientras otros se quedan absortos sin saber qué pensar, estaríamos en una situación de infantilismo compartido. Imaginemos por un momento que las elites pronuncian unos discursos que ellos mismos malentienden y el público tampoco acaba de saber de lo que se está hablando. Se viviría así en un estado de permanente confusión. Los políticos lanzarían al público cifras (billones, porcentajes) como fórmulas mágicas, y luego reclamarían su

confianza en sus poderes taumatúrgicos, mientras apelaban a su inquina contra un chivo expiatorio.

Creo que un estado de cosas semejante puede mejorar sustancialmente si los políticos (y dejo ahora los ciudadanos a un lado) evitan la tentación oligárquica y se comportan como elites responsables. Que ello ocurra depende, sobre todo, de tres claves: la clave de la comunicación, la clave de la cultura, y la clave de la autoconfianza.

Comunicación y comunidad

En primer lugar, la clave de la comunicación, que, como veremos, viene a ser la clave de la comunidad. Esta clave es crucial para la relación entre partidos políticos y ciudadanía. En varias ocasiones, a lo largo de mucho tiempo, he observado, con cierto asombro, cómo muchos dirigentes y militantes de partidos políticos españoles me han transmitido la sensación de que “no lo saben hacer” en materia de la comunicación. Sobre todo en la fase depresiva que les acompaña cuando no están en el poder, pero incluso a veces cuando están en él y se sienten frustrados por no recibir todo el cariño que creen merecer. Tal vez sea ésta una de las razones de su adicción a los tratos íntimos con los medios de comunicación, que, en este sentido, tanto les consuelan.

Dado que he recogido el testimonio de partidos muy diversos atribuiré ese testimonio a un tipo ideal al que cabría llamar “partido incomprendido”. Al parecer, sus miembros creen que tienen grandes dificultades para que llegue su mensaje. Hay en su queja algo de autocrítica que parece, sin embargo, superficial, puesto que no aboca al arrepentimiento y la rectificación, dado que pasan los años y siguen repitiéndola. Tal vez haya en ellos un elemento de masoquismo o de autocastigo, porque tengan la sensación de que han cometido pecados en el pasado que deberían purgar. Tal vez en el fondo de la autocrítica y el autocastigo haya, por otro lado, un punto de autocomplacencia, porque se callan la segunda parte de su pensamiento: “no sabemos comunicar *pero...* aunque no comuniquemos bien, nos acaban votando”. Quizá en el fondo, los políticos del partido en cuestión se perciben tan maravillosos que creen que les basta con exponerse al público

en la ceremonia final de la votación para que las gentes se rindan a sus encantos, dando por buenos sus silencios a causa de sus actos de buena administración de las cosas, eficaz y cuidadosa, o de adecuada expresión de los sentimientos correctos, solidarios y justamente indignados, etc., etc.

Sea como sea, a toda esa queja, autocrítica o autocomplacencia le subyace un malentendido sobre lo que significa la comunicación. El partido incomprendido imagina que se trata de una cuestión ornamental, mera retórica. Pero en rigor la comunicación es parte constitutiva de la experiencia de comunidad. No hay comunidad sin comunicación, y viceversa. De aquí que, si no se comunica bien, la reacción de las gentes sea de confusión y de desconfianza. Éstas entienden que si no se le comunican las cosas es porque, en el fondo, no se intenta formar una comunidad con ellos. Una ciudadanía a la que no se comunica, comprende antes o después que no hay comunidad con ella. La clase política va a marcarle el rumbo, gestionar las cosas, y usarla, incluso atenderla, como algo exterior.

Para contrarrestar esta sensación no basta con organizar bien las cosas y cuidar el *marketing* político. Es preciso apelar de una manera genuina y continua a un sentido de lo común, y conseguir así la implicación de las gentes en la comunidad de todos. Por esto, se rompe o se debilita una comunidad cuando se descuida la comunicación con ella, o se hace de manera imprecisa o perentoria, como impartiendo doctrina.

Además, haciendo así las cosas (es decir, así de mal), se rompe lo esencial de la comunicación, que estriba en que ésta es una calle de dos direcciones, o de doble sentido. La comunicación fundamental de un grupo político con la sociedad no consiste en que el grupo político le explica a la sociedad su programa. Porque, para empezar, ¿de dónde sale ese programa? ¿De dónde *puede* sacar el grupo político su programa? ¿De su experiencia? Pero se trata de la experiencia de unos profesionales políticos, de gentes que desde hace años se han sumergido en el mundo particular de la vida política, donde se aprenden algunas cosas pero se olvidan otras muchas. ¿Van a sacar las ideas políticas que les inspiren de sus tradiciones propias? Pero ¿cuánto y qué les queda de ellas? Normalmente algo pero no mucho. La inspiración sobre sus valores, su moral, sus sentimientos y sus creencias

les viene de credos políticos sincretistas, de piezas intelectuales de ocasión, de reflexiones siempre apresuradas, de programas *ad hoc*, de ejercicios astutos de redacción de discursos, suavizando unas cosas por aquí y enfatizando otras por allá, según conviene a cada momento. ¿De ahí les viene la inspiración de los sentimientos políticos que tratan de comunicar? ¿No les vendrá acaso de formas de conducta con raíces más profundas en su recorrido personal y en el de la comunidad o comunidades de las que forman parte? ¿No vendrá de las amistades que tienen, de las experiencias de vida que vean a su alrededor y de las suyas propias, del tipo de seres humanos que *som*?

En realidad, el partido en cuestión no inventa sus valores, sus programas, sus discursos y sus narrativas históricas (hoy toca una filosofía, pero en el próximo Congreso puede tocar una nueva, y pasado tendremos otra novísima), para después contárselo a la sociedad. Cuando lo hace así, suele desvariar. Más le conviene estar atento a lo que la sociedad le cuenta. Estar alerta, a la escucha y con capacidad de recepción y selección para, a partir de algunas matrices básicas, incorporar la sustancia de la vida moral, espiritual e intelectual que dará sentido a lo que vaya a hacer. E incluso que marcará, en buena parte, los contenidos de su política. Los expertos, los mercados, el tejido asociativo le irán contando, a su manera, buena parte de lo que tendrá que hacer con los temas económicos. Al final, los padres y madres de familia, los profesores de a pie y los empleadores tendrán que decirles algo sensato sobre la educación; o ésta no acabará de estar nunca en su sitio. En definitiva, sin esa comunicación con las gentes del común, no habrá un programa razonable. Habrá un invento, el producto de las especulaciones de círculos cerrados del partido que se constituyen en *petit comité*, y luego en otro comité más pequeño, maniobrando febrilmente con vistas al refrendo por la gran asamblea de turno, con el voto favorable de mayorías del 80 o el 90% de los delegados.

De manera que el tema de la comunicación no es, ni mucho menos, menor. Es crucial para definir el partido político, porque define lo que es. Si se entiende así, y se actúa en consecuencia, el partido en cuestión puede dar un paso de gigante en la dirección correcta; y quizá dejar incluso de sentirse tan incomprendido como antes.

Cultura, autoconfianza y una dosis de audacia

La segunda clave es la cultura. La cultura en cuestión es el conjunto de creencias, imágenes, razonamientos y sentimientos morales de una sociedad, y el conjunto de obras e instituciones en las que todas aquellas formas de vida se manifiestan. Todo ello constituye el universo de sentido en el que operan nuestras prácticas políticas, sociales y económicas, y en el que se hace posible, entre otras cosas, nuestra convivencia y la solución de nuestros problemas comunes.

Atender a la cultura, entendida de esta manera amplia, es esencial para la vida política. La cultura incluye muchas cosas. Es las humanidades, la ciencia, el arte, la cultura de masas, los medios de comunicación, la educación. Fijémonos ahora en esta última. Sin la educación precisa para razonar con buen sentido y para debatir con ecuanimidad, no hay deliberación pública posible. Sin capacidad de deliberación, tendremos sociedades histéricas y confusas, que se excitan y a quienes se les arrebatara el juicio al poco de comenzar a discutir. Puede que incluso tomen eso como una virtud y un signo de identidad del que se enorgullecen; son, se dicen, así de temperamentales. Pero para deliberar no conviene acalorarse sino enfriarse. Porque hay que razonar entre todos. Hay que atender a razonamientos de cierto recorrido, porque los problemas son complicados. Hay que exponerlos con claridad y con orden, y saber escuchar sin interrumpir al otro continuamente. Hay que entrenarse en ese comportamiento desde pequeños, en las casas y en las escuelas. El sistema educativo está para eso: para enseñar a razonar, que es siempre, de alguna forma, razonar con otros. Cuando el sistema educativo falla, es que falla en *eso*. En este sentido, nuestro país tiene un déficit cultural importante; que luego se traduce en los bajos indicadores de los que se suele hablar, pero que tal vez no se interpretan bien. Porque se toman como si fueran indicadores de un sistema educativo deficiente en tanto que sistema transmisor de informaciones, y no en tanto que sistema generador de los hábitos cognitivos y morales necesarios para un razonar que es, en gran medida, un razonar en común. Un razonar que se prolonga antes o después en un actuar, y un actuar en común.

Recordaré brevemente unos muy pocos indicadores de ese déficit educativo: no tenemos una sola universidad entre las ciento cincuenta primeras del mundo; tenemos más de un 30% de fracaso escolar; los docentes de la educación secundaria dicen que el sistema va a peor⁸. Querer disimular estos hechos repitiendo el mantra de “qué bien educadas están las nuevas generaciones” es negarse a ver las cosas como son. Y exponerse a que, cuando haya un verdadero problema que exija frialdad de juicio, razonamiento y determinación, el país no esté en su sitio. Puede ser una guerra, un atentado de grandes proporciones, la quiebra del orden constitucional, una gran crisis económica. Por ejemplo, la crisis puede provocar una salida del personal político por la tangente, en busca de chivos expiatorios. O puede dar lugar a una obsesión colectiva de los medios y los políticos por dar al país la pseudonoticia de “a ver cuándo salimos de la crisis” y de “ya se vislumbra el momento en el que se saldrá de ella”. Se desplaza así la atención de lo real a lo posible. Se hurta la atención del público de la crisis que se está viviendo (*ésta* es la noticia), y que de lo que se trata es de ver cómo manejamos la experiencia real de aquí y ahora, no de cómo la sustituimos por la experiencia virtual de un futuro imaginado abstracto, que existe simplemente como una no-crisis. Se empuja así al país hacia la vivencia de una alucinación colectiva: la de moverse como un tren de gentes llevadas por unos conductores impersonales, por un túnel, en medio de la oscuridad y volcada su atención en la anticipación de ver a lo lejos una luz. Se trata así las noticias del día como augurios del día, como los arúspices romanos anticipaban la victoria de sus armas observando el vuelo de los pájaros.

Con razonamientos de este carácter no se prepara al país para el debate público, ni para el mejor funcionamiento de la economía en general, ni para el desarrollo de la llamada economía del conocimiento en particular. Respecto a esta última, piénsese que sin razonamientos complejos y razonamientos abstractos no podemos tener buenas bases para impulsar “la ciencia

⁸ Véanse los datos sobre el *ranking* de las universidades en **Pérez-Díaz, V. y Rodríguez, J. C.** (2009)

y la tecnología”, ese paquete de prácticas científicas y aplicaciones técnicas que se requiere para sostener el crecimiento de países como España a largo plazo. Lo cierto es que la investigación y el desarrollo no acaban de estar aquí todavía en su sitio. Ni lo estarán en mucho tiempo. Al ritmo que vamos llegaremos al nivel que ahora tienen nuestros países habituales de referencia (Reino Unido, Francia, Alemania) dentro de dos, tres o cuatro *siglos*; al menos, eso es lo que indica la proyección de las tendencias de las patentes triádicas de unos y otros de los últimos veinte años⁹. De manera que no estamos hablando de un pequeño salto, sino de un salto enorme¹⁰.

Sin una cultura del razonamiento y de la ecuanimidad, sin una educación en las artes de manejar la complejidad de las cosas, de las personas y de las situaciones no tendremos este tipo de investigación, ni ese modelo de crecimiento de la economía, ni una democracia de calidad, ni, sobre todo (pero ése es un tema mayor, que dejo aparte) una “sociedad buena”.

La tercera clave es la autoconfianza. Esto se deduce, en cierto modo, de todo lo anterior. Contra lo que puede parecer, uno de los problemas de los partidos políticos es el de su inseguridad en sí mismos. Esa inseguridad tiene, al menos, dos raíces; y es el resultado de dos dudas. Una es la duda que albergan en su seno acerca de sí, de verdad, aspiran al bien de la comunidad política a la que desearían servir, y dicen servir, o se sirven de esa comunidad para sus fines propios. Es una duda razonable y normal en todo partido político. Lo que tiene que hacer es despejarla con sus obras, continuamente, y así, desarrollar la autoconfianza en sus buenos sentimientos cívicos. El problema de la comunicación antes mencionado se sitúa en el corazón de este trabajo de rectificación moral interna, continua, de la vida partidista.

La segunda razón estriba en la duda que el partido puede albergar sobre su propia preparación cultural. También es una duda razonable y normal,

⁹ Un poco menos si proyectamos las tendencias de los últimos diez años. Sobre esta cuestión puede verse **Pérez-Díaz, V.** (2009b) y **Pérez-Díaz, V.** y **Rodríguez, J. C.** (2005).

¹⁰ Ello no obsta para reconocer las mejoras en la producción de *papers* científicos de los últimos años (aunque con un impacto menos acusado). Ver *Ibíd.*

que requiere un trabajo permanente. Si está poco educado, tiene que compensar ese déficit. Es lógico que lo tenga, porque lo es que comparta el nivel educativo del país y el de sus otras elites, de manera que si todos ellos tienen déficit educativos importantes, no hay razón para esperar que los políticos sean una excepción. Reconocerlo es el primer paso para corregir esa situación; aparte de que hacerlo tendría un efecto beneficioso en la calidad del debate público, y aumentaría la probabilidad de que las críticas de unos a otros adquirieran el carácter de unas correcciones fraternas.

Resueltas estas dudas, la autoconfianza de los partidos en sus propias fuerzas, establecida ahora sobre bases más realistas, mejoraría sustancialmente. Ése sería el momento para introducir en sus planteamientos un toque de audacia para atreverse a tomar algunas decisiones importantes sobre materias especialmente difíciles, en lugar de fiar casi todo a cambios incrementales menores (a veces incluso en la dirección errónea).

Kant recomendaba el lema de *sapere aude*, de que nos atreviéramos a saber. Pero no se lo recomendaba a los políticos. Nos lo recomendaba a todos. Aquí se trataría de atreverse, todos, a saber y también a actuar. No hay nada que objetar a las ambiciones razonables. Puede que el problema resida más bien, en un país como España, en un exceso de modestia y circunspección. Esto puede acentuar la miopía que impide ver la gravedad pero también la oportunidad de los retos, y reconocer los signos de la nostalgia que un cuerpo social fatigado y desconcertado tiene por recuperar sus fuerzas y recobrar su rumbo. Es preciso que este cuerpo reaccione, y en esta frontera vital de los treinta años de esta democracia, se enderece, eleve su mirada, y la proyecte más lejos.

PALABRAS CLAVE:

Democracia • España • Pensamiento Político

RESUMEN

En su artículo Víctor Pérez-Díaz aplica sus tesis sobre las varias crisis de la democracia (desarrolladas en su libro *El malestar de la democracia*) a la Europa y la España actuales. El autor centra su atención en el papel de la clase política y los partidos políticos, y se fija en tres temas que podrían ser sus puntos débiles: su capacidad de comunicación (y de crear un sentimiento de comunidad), su relación con la cultura y su grado de confianza en sí misma.

ABSTRACT

*In his article, Víctor Pérez-Díaz applies his thesis on the several crises of democracy (developed in his book *El malestar de la democracia*) to current Europe and Spain. The author focuses his attention on the role of the political class and parties, and highlights three issues that could be their weak points: their communicating capacity (and of creating a community feeling), their relationship with culture, and their degree of self-confidence.*

BIBLIOGRAFÍA

Pérez-Díaz, V. y Rodríguez, J.C., (2005): Desarrollo tecnológico e investigación científica en España. Fundación Iberdrola. Madrid.

Pérez-Díaz, V., (2008): El malestar de la democracia. Editorial Crítica. Barcelona.

Pérez-Díaz, V. y Rodríguez, J.C., (2009): La experiencia de los docentes vista por ellos mismos: una encuesta a profesores de enseñanza secundaria de la Comunidad de Madrid. Fundación Instituto de Empresa. Madrid.
Disponible en www.asp-research.com/profesores%20cam.asp

Pérez-Díaz, V., (2009a): "Tiempos de desorden y espíritu cívico: el lado de la sociedad". ASP Research Papers 98(a).
Disponible en www.asp-research.com

Pérez-Díaz, V., (2009b): "Ciencia, cultura y convergencia de España con los países avanzados". ASP Research Papers, 88(a).
Disponible en www.asp-research.com

Seidman, M., (2002): Republic of Egos: A Social History of the Spanish Civil War. The University of Wisconsin Press, Wisconsin.

La cultura pasa por aquí



arce

ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA

Covarrubias, 9. 2º Dcha. 28010 Madrid.

Tel.: 91 308 60 66 | Fax: 91 319 92 67 | E-mail: info@arce.es | www.arce.es

www.revistasculturales.com